

**Historias medievales
para sensibilidades románticas**
Relatos sobre el tiempo de Juan II de Castilla

Montserrat Ribao Pereira, coord.

Universidade de Vigo

Servizo de Publicacións

2018

MONOGRAFÍAS DA UNIVERSIDADE DE VIGO. HUMANIDADES E
CIENCIAS XURÍDICO-SOCIAIS, Nº 118.

Edición
Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo
Edificio da Biblioteca Central
Campus de Vigo
36310 Vigo

© Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2018
© Montserrat Ribao Pereira

Imágenes propiedad de la Biblioteca Nacional de España.
Imagen de portada: Don Álvaro de Luna es herido en una justa. Biblioteca Nacional de España.

ISBN: 978-84-8158-784-5
D.L.: VG 377-2018

Maquetación e impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S.A.

Reservados todos os dereitos. Nin a totalidade nin parte deste libro pode reproducirse ou transmitirse por ningún procedemento electrónico ou mecánico, incluídos fotocopia, gravación magnética ou calquera almacenamento de información e sistema de recuperación, sen o permiso escrito do Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.

EL PASO HONROSO

ANTONIO GIL Y ZÁRATE



I

Era el día 1 de enero de 1434 y primera hora de la noche. Don Juan el II y su corte se hallaban en Medina del Campo, celebrando una de aquellas fiestas que tan comunes fueron en su reinado, notable por el lujo, la galantería y la magnificencia que en él se desplegaron, así como por las frecuentes revueltas que le affigieron. En una vasta sala de su antiquísimo castillo, adornada con todo el lujo de la época, y resplandeciente de mil luminarias, y al son de una numerosa orquesta, danzaban los principales caballeros y damas que habían acompañado a su alteza, luciendo estas su hermosura y preciosas galas y meditando tal vez aquellos, en medio del ardor que mostraban en servir a sus parejas, alguna nueva rebelión contra el soberano que los honraba. Sentado este en un rico sillón dorado, en compañía de su esposa la reina doña María, de su hijo el príncipe don Enrique y del condestable don Álvaro de Luna, miraba desde el estrado la gallardía y donaire de los que tomaban parte en el recreo y solo se distrajo de aquella diversión para leer unas trovas que, recién compuestas, le presentó don Íñigo López de Mendoza, que fue

después marqués de Santillana. Y el buen rey, que tanto se compadecía en estas obras del ingenio, alabó la del célebre poeta, mostrándola enseguida a los que le rodeaban.

Habíanse suspendido las danzas, cuando entran de improviso diez caballeros, armados de blanco, con gentil continente y gallardía. Asombráronse todos al ver tan inesperados huéspedes y, fijando en ellos su atención, reconocieron en el que iba a su frente a Suero de Quiñones, uno de los principales caballeros de la casa del condestable, y en los demás otros gentilhombres de gran nobleza y valor. Ni el color de las armas ni el modo caballeroso y cortesano con que se presentaron dieron recelo alguno de que su intento fuese turbar el regocijo de las fiestas y antes bien creyose al punto que esta repentina aparición fuese anuncio de alguna aventura que procurase nuevo solaz y contento. Con efecto, acercose Suero muy discretamente y con muy humilde reverencia adonde el rey estaba sentado y, besándole pies y manos, después de tomar su venia, un faraute llamado Avanguardia, que llevaba el noble caballero consigo, presentó respetuosamente al monarca la petición siguiente:

—Deseo justo es, en los que en prisión están, el de recobrar su libertad; y como yo, de gran tiempo acá, sea en prisión de una muy virtuosa y hermosa señora, en señal de lo cual todos los jueves traigo a mi cuello este fierro —y todos fijaron la vista en una argolla que llevaba al cuello Quiñones—, en nombre del apóstol Santiago he concertado mi rescate, que será trescientas lanzas rotas por mí y por otros caballeros que me acompañan, rompiendo tres con cada caballero o gentil hombre que al sitio señalado viniere, contando por rota la que hiciere sangre. Y esto será quince días antes del apóstol Santiago y quince días después, salvo si antes de este plazo mi rescate fuese cumplido, en el derecho camino donde las más gentes suelen pasar en romería para el sepulcro del santo. Y por tanto certifico a todos los caballeros y gentilhombres que allí fueren, que hallarán arneses, caballos, armas y lanzas tales que cualquiera ose dar con ellas sin temor de que se quiebren por pequeño golpe. Y notorio sea a todas las señoras de honor, que cualquiera que fuese por aquel lugar donde yo estuviere, si no lleva caballero que haga armas por ella perderá el guante de la mano derecha. Mas todo lo dicho se entiende salvando dos cosas: que vuestra majestad real no ha de entrar en estas pruebas ni el muy magnífico señor condestable don Álvaro de Luna.

Acostumbrado estaba el rey don Juan a semejantes peticiones, frecuentes en un siglo caballeroso y guerrero, y sabidas eran por él las formalidades que se guardaban en iguales casos. Retirose, pues, de la sala y celebró consejo con los principales caballeros de su corte; y habiéndose decidido que era justo otorgar la petición de Quiñones para que se pudiese libertar de la prisión en que estaba, volvieron todos al sitio del baile y el mismo faraute Avanguardia dijo en voz alta estas palabras:

—Sepan todos los caballeros y gentilhombres del muy alto rey, nuestro señor, cómo él da licencia a este caballero para esta empresa, guardadas las condiciones que van dichas.

Enseguida, Suero de Quiñones se llegó a un caballero de los que danzaban en la sala, pidiéndole le quitase el almete; y subiendo luego por las gradas del estrado donde los reyes estaban, dijo lo siguiente:

—Muy poderoso señor, yo tengo en mucha merced a vuestra señoría el otorgarme esta licencia, por ser a mi honor tan necesaria, y espero en Dios que serviré a vuestra real majestad según han servido aquellos de quienes yo procedo a los poderosos príncipes de que vuestra majestad descende.

Dicho esto hizo nueva reverencia a los reyes y volvióse a sus compañeros, quienes juntos con él se fueron a desarmar y vestirse cual convenía para asistir a aquellos festejos. Pasose el resto de la noche en danzas y, acabadas estas, Suero de Quiñones hizo leer los capítulos que había extendido para la empresa, la cual quedaba aplazada para de allí a seis meses, debiéndose publicar en todos los pueblos de la cristiandad donde posible fuese, para que asistiesen cuantos caballeros españoles o extranjeros quisiesen señalarse en ella.

II

Cinco leguas distante de la ciudad de León, en el camino de Santiago, se encuentra el río Órbigo con un antiguo puente de piedra que une los dos pueblos de la Puente y del Hospital, los cuales toman su nombre, aquel de dicho monumento, y este de un templo muy antiguo que en él existe perteneciente a la orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén. Las dos márgenes del río son muy frondosas y amenas, particularmente la derecha. A un lado del camino existe una graciosa floresta y este fue el lugar elegido por Quiñones para su honrosa empresa. Despejose en medio de ella un espacioso terreno para colocar la liza y las tiendas y, mientras los reyes de armas iban por todos los pueblos de la cristiandad, publicando los capítulos del paso e invitando a los más afamados paladines, numerosos obreros trabajaban en los preparativos de la justa. Trescientos carros de bueyes llevaron las maderas necesarias para las construcciones, sacándolas de los montes de Luna, Ordas y Valdellamas, lugares del señorío del padre de Quiñones. Formose una gran liza de madera que tenía ciento cuarenta y seis pasos de largo y la altura de una lanza. En medio de la liza y a lo largo de la tela había formada con fuertes estacas una especie de verja o barandilla, señalando la línea por donde habían de correr los caballos. En torno del palenque se construyeron siete palcos adornados con magníficos tapices y colgaduras. El uno en la parte extrema, para que Suero y sus compañeros viesan las justas cuando no combatiesen; dos más allá, para los caballeros extranjeros que acudiesen a hacer armas; otros dos, a la mitad del palenque, para los jueces, reyes de armas, farautes, trompetas y escribanos que daban fe de todo cuanto ocurría; y los restantes para las demás personas que, de alguna nombradía o dignidad, quisiesen honrar las justas con su presencia. A cada lado de la

liza había una puerta por donde, respectivamente, entraban los defensores del paso y los caballeros conquistadores que venían a probar las armas; y en ambas se alzaba en una bandera el blasón de los Quiñones.

Al lado de la liza se armaron veinte tiendas donde pudiesen descansar los paladines aventureros y estuviesen, además, cuantos oficiales eran necesarios para el buen orden y solemnidad de las justas, sin olvidar los médicos, cirujanos, armeros, sastres y carpinteros cuya asistencia hacían indispensable los diferentes azares que de tan expuestas funciones se originaban. Junto a las puertas del palenque había otras dos tiendas donde se armaban los campeones al tiempo de prepararse al combate; y en medio de todas se construyó una ancha sala de madera, revestida de paños franceses y otras telas preciosas, dentro de la cual había dos mesas: la una para Suero de Quiñones y demás paladines que viniesen a justar, y la otra para los caballeros principales que concurrían como meros espectadores. Obsequiábalos a todos espléndidamente el capitán del paso y les daba alojamiento, ya en las tiendas, ya en los pueblos inmediatos, que eran todos del señorío de su padre. Finalmente, una estatua de mármol, labrado por Nicolao Francés, maestro de las obras de Santa María de la Regla de León, colocada con gran coste en el camino a corta distancia de esta ciudad, señalaba con la mano un gran letrero donde se leía: *Por ahí van al paso.*

III

Un domingo, 11 de julio, y quince días antes del apóstol Santiago, así que amaneció empezaron a resonar las trompetas y otros instrumentos bélicos, que poblando el aire con sus ecos marciales movían y azoraban los corazones de los guerreros, infundiéndoles ardimiento para la noble empresa a que se preparaban. Suero de Quiñones y sus compañeros, después de haber oído misa en el Hospital de San Juan, salieron juntos para recibir el campo y la liza con la solemnidad que en tales casos se acostumbraba. Oprimía Quiñones el lomo de un fuerte y brioso caballo con paramentos azules y bordados de oro, que representaban la argolla de su famosa empresa con esta divisa: *Il faut délibérer [sic]*. Sobre las resplandecientes armas, de que no se veían más que brazales y piernas, vestía el campeón un falsopeto de terciopelo verde, con una uza o túnica de brocado, las calzas eran de grana italiana y de la misma tela el gracioso sombrero que adornaban plumas de diferentes colores. Llevaba en la diestra una espada desnuda y en el brazo derecho su empresa de oro ricamente labrada, con letras azules al derredor, que decían:

*Si à vous ne plaît d'avoyr mesure,
certes je dis
qui je suis
sans venture.*

Detrás de Quiñones caminaban tres pajes en cuyos vestidos, como igualmente en los paramentos de sus caballos, brillaban damascos, brocados, pieles exquisitas, anchas placas de fina argentería y cuanto podía suministrar el lujo de aquellos tiempos. El de en medio era notable por un almete de forma extraña, sobre el cual se elevaba un árbol de hojas anchas y verdes con manzanas doradas; enroscábase alrededor una serpiente y salía por encima una espada con este lema: *Le vrai ami*. Llevaba este paje la lanza de Quiñones y los otros dos su casco y su escudo de batalla.

Delante de Suero iban los nueve compañeros suyos: Estúñiga, Bazán, Nava, Alvar Gómez, Ravanal, Allea, Benavides, Ríos y Villacorta, todos hijosdalgo de la primera nobleza, descendientes algunos de reyes y los más conocidos por su ardimiento en las batallas. Sus calzas y falsopetos eran de grana, la uza de terciopelo azul bordado, todo con la empresa y divisa de Quiñones, y los paramentos de sus corceles también azules con los mismos bordados. Precedíalos a todos un carro tirado por dos hermosos caballos, dentro del cual estaban las trescientas lanzas, cubiertas con un gran paño de terciopelo bordado de adelfas y otras flores, y encima veíase sentado un enano que conducía el carro. En fin rompían la marcha las trompetas del rey y de los caballeros, con atabales y ajabebas moriscas que habían sido traídas de intento por el juez de la justa, Pero Barba, para realzar la fiesta. Los demás caballeros principales que, sin ánimo de combatir, habían acudido a las justas, iban a pie primorosamente vestidos de gala alrededor del capitán Quiñones y, para más honrarle, llevaban las riendas de su caballo. Eran estos los hijos del almirante, de los condes de Valencia y Benavente y otros muchos de las primeras familias de Castilla.

Tal fue el orden con que entró en la liza esta vistosa comitiva y, dando dos vueltas alrededor del palenque, a la segunda se paró enfrente del palco de los jueces, que lo eran Pero Barba y Gómez Arias. Entonces, Suero de Quiñones requirió a estos que, sin respeto ni amistad alguna, juzgasen de lo que allí pasase, igualando las armas entre todos y dando a cada uno la honra y prez que se mereciese por su valentía y destreza. Aceptáronlo los jueces y añadieron algunos nuevos capítulos a los que Suero tenía publicados; y tras esto alzó la voz el hijo del conde de Benavente, rogando a Quiñones le permitiese sustituirle, dado caso que alguna desgracia en la justa le impidiera terminar su empresa. Hicieron la misma solicitud otros muchos caballeros, pero habiendo reclamado su derecho los mantenedores del paso, quedó acordado por los jueces que solo ellos entrarían en la liza y que los que quedasen ilesos proseguirían su aventura, haciendo armas por sus compañeros heridos, sin que ninguno de fuera los supliese. Terminada esta ceremonia, fuéronse a un gran festín, a que también estaban convidados los aventureros o conquistadores que ya habían llegado, y todos se prepararon para empezar las justas al día siguiente.

IV

Amaneció por fin el día en que se debía dar principio a tan famosa empresa. El primero de los mantenedores a quien tocaba entrar en la liza era Suero de Quiñones e hizolo al son de los instrumentos, cautivando el corazón de todos así por su gallarda presencia como por su aire noble y guerrero. Presentose al punto, por el lado opuesto, micer Arnaldo de la Floresta-Bermeja, alemán que había acudido desde las orillas del Elba, ansioso de acreditarse en este honroso paso. Examinaron los jueces las armas de los dos paladines y hallándose iguales, si bien notaron que el caballo de Arnaldo era más poderoso que el de Suero, las dieron por aprobadas. Enseguida mandaron al rey de armas y a un faraute que publicasen un pregón para que ninguno fuese osado, por cosa que sucediese a ningún caballero, a dar voces o hacer señas, so pena de tener la lengua o la mano cortada. Y no era esta una amenaza vana, pues un escudero que días atrás faltó a este precepto, viendo a su señor en peligro, tuvo a dicha el que los jueces, ablandados por los ruegos de honrados caballeros, trocasen aquella pena en otro castigo, si bien menos sensible, mucho más vergonzoso.

Hecho este pregón y habiéndose devuelto al alemán su espuela derecha, que estaba colgada en el palco de los jueces desde su llegada al paso (ceremonia que se usaba con todos los caballeros conquistadores), mandose tocar la música con gran estruendo y tono de romper batalla. El rey de armas y el faraute dieron la señal, diciendo en alta voz: *Legeres aller, legeres aller, é fair son deber [sic]*. Y los dos campeones, poniendo la lanza en ristre, dieron de espuelas a sus fogosos bridones y, con la rapidez del rayo, partieron animosos a encontrarse. Suero tocó al alemán en la arandela, desguarneciéndole el brazo derecho, y rompió su lanza. Arnaldo no rompió la suya, pero se llevó con ella un pedazo del guardabrazo izquierdo de su contrario, y del encuentro recibió tan descomunal revés que estuvo para dar con su cuerpo en tierra. Dieron los dos segunda carrera y luego otras hasta cinco, en las que Suero rompió otra lanza y Arnaldo una. Y rotas así las tres lanzas prescritas en los capítulos del torneo, ambos guerreros subieron al palco de los jueces, que dieron sus armas por cumplidas, mandándolos salir de liza. Suero convidó a cenar al alemán y ambos fueron acompañados con músicas hasta sus posadas.

Molesto sería referir los muchos caballeros aventureros que acudieron a ganar prez y gloria en estas justas. Fueron estos sesenta y ocho de diferentes naciones, y todos hombres de gran valor y pujanza. En los treinta días que duraron las justas diéronse setecientas veintisiete carreras, rompiéndose ciento sesenta y seis lanzas, y no llegaron a las trescientas convenidas por no haberse presentado mayor número de conquistadores. Lances hubo muy variados, que todos han sido relatados con minuciosa escrupulosidad por el escribano Pero Rodríguez Delena, nombrado por el rey para dar fe de todo lo ocurrido en esta empresa. A veces llegaba un gentilhombre y, no estando armado caballero, pedía le hiciera este honor el mismo Suero Quiñones;

y este salía a la puerta de la liza y allí se arrodillaba el doncel, y recibía el espaldarazo, y hacía el juramento de *cumplir y guardar las cosas debidas al honorable oficio de caballería*. Y enseguida montaba ufano en su bridón, entraba en el palenque y mostraba al mismo Suero que era digno de la honra que acababa de dispensarle. Otras veces, una dama que iba en romería a Santiago, llegando a atravesar por el terreno señalado al paso, tenía que entregar y dejar cautivo su guante de la mano derecha, el cual quedaba colgado en el palco de los jueces hasta que hubiese un caballero que lo rescatase rompiendo las tres lanzas prescritas. Y como nunca faltaba un paladín que saliese por ella, en breve se rescataba el guante y la dama, muy agasajada y servida, volvía a seguir su camino. Muy a menudo trocábase las armas entre mantenedores y aventureros, o estos pedían para combatir las que habían servido a determinado paladín, y principalmente a Quiñones; y este, cuando el caballo del contrario se juzgaba inferior, le mandaba cuatro de los más fuertes y briosos para que escogiese el que le cuadrara. No siempre los aventureros que llegaban tenían todos igual cortesanía, ni se portaban en la carrera tan noblemente como debieran, pero los jueces sabían castigar estas faltas como asimismo los excesos de valor cuando rayaban en imprudencia. Tal le sucedió al mismo Suero, pues diciéndose en sus capítulos que se permitiría a tres caballeros jugar las armas quitándose una pieza del arnés, la víspera de Santiago, para solemnizar el santo, salió a la liza él solo con tres piezas menos, diciendo que en él se reunían los tres caballeros y que con otros tres combatiría; mas no permitieron los jueces que se expusiera a semejante peligro y por haber quebrantado sus propios capítulos le mandaron que fuese arrestado a su tienda.

No todos los lances que ocurrieron fueron, sin embargo, felices: caídas hubo peligrosas, heridas descomunales y hasta un infeliz caballero murió en la liza, pasado de parte a parte por la lanza. El mismo Quiñones tuvo que estar algunos días sin jugar las armas por haberse descoyuntado la mano en un encuentro.

V

Cumpliéronse así los treinta días que habían sido señalados para defender el paso y el último día por la tarde, después de concluida la justa, mandaron los jueces tocar con alegría todos los instrumentos músicos, y encendiéronse luminarias y antorchas que alumbraban todo el campo para más solemnizar el júbilo que a todos animaba por haber conseguido el fin deseado en tan honrosa empresa. Luego, los mismos jueces requirieron las espuelas que permanecían colgadas y eran de los caballeros que no habían podido entrar en liza, y se las mandaron devolver, dándoles gracias por el buen celo con que se habían ofrecido al peligro. Y dieron por sentencia que no por haber dejado de hacer armas recibía su honor menoscabo, pues no quedó por ello, sino por la falta de tiempo.

Entonces entró en el palenque Suero de Quiñones, el gran capitán del paso, seguido de sus compañeros y con el mismo séquito que ya se ha descrito en el primer día de las justas. Pasearon todos el campo y, parándose enfrente de los jueces, dijo en alta voz el valeroso capitán:

—Señores de grande honor: ya es notorio a vosotros cómo yo fui presentado aquí ha treinta días con los caballeros gentilhombres que están presentes; y fue mi venida para cumplir lo restante de mi prisión, que fue hecha por una muy virtuosa señora de quien yo era hasta aquí, en señal de lo cual yo he traído este fierro al cuello todos los jueves continuamente; y porque yo, señores, pienso haber cumplido todo lo que debía, según el tenor de mis capítulos, yo pido a vuestra virtud me querráis mandar quitar este fierro en testimonio de mi libertad, pues mi rescate ya es cumplido.

Los jueces respondieron brevemente diciendo:

—Virtuoso caballero y señor, como hayamos oído vuestra proposición y arenga, y nos parezca justa, decimos que damos vuestras armas por cumplidas y vuestro rescate por bien pagado; y así mandamos luego al rey de armas y al faraute que os quiten el hierro, porque nosotros os damos aquí por libre de vuestra empresa y rescate.

Dicho esto, el rey de armas y el faraute bajaron y, delante de los escribanos, con toda solemnidad, quitaron a Suero la argolla, obedeciendo el mandato de los jueces.

Cumplida así la libertad del buen Suero de Quiñones, los valerosos caballeros que le habían ayudado en la alta empresa de defender el paso pidieron que a cada uno se les diese testimonio de haber hecho aquellas armas, para que, en todo tiempo y honor perpetuo suyo, pudiesen acreditarlo, siendo blasón de sus familias. Accedieron los jueces a su demanda; y hecho así, después de haber pasado otro día en festejos, dejaron el lugar donde tanta gloria habían adquirido y tornaron todos juntos a León, en cuya ciudad se les recibió con el honor y pompa que tanto merecían.

Tal es la descripción exacta de lo ocurrido en aquel célebre paso, susceptible de ser adornada con todas las galas de la poesía, mas cuyo sencillo relato hemos querido dar para que formen nuestros lectores idea de las ceremonias que se observaban en las famosas justas, donde desplegaban nuestros mayores todas las virtudes que constituyen un perfecto caballero.